

INDUSTRIALIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA.

Crisis y perspectivas

Edelberto Torres-Rivas
Eckhard Deutscher

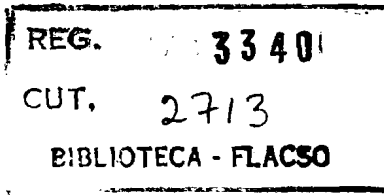
Editores



Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –FLACSO–
Fundación Friedrich Ebert, República Federal de Alemania
Centro de Estudios Democráticos de América Latina



338
T.636m



338.98
S381

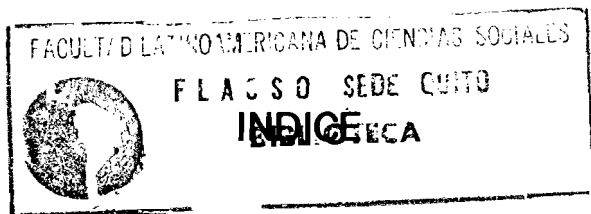
Seminario: los procesos de industrialización en América Latina (1986 : Heredia)

Industrialización en América Latina: crisis y perspectivas / comp. por Edelberto Torres-Rivas y Eckhard Deutscher. -- 1. ed. -- San José : CEDAL, 1986.

320 p.

ISBN 9977-68-002-7

1. América Latina-Industrias. I. Torres-Rivas, Edelberto. II. Deutscher, Eckhard. III. Título.



PROLOGO	7
I- CARACTERISTICAS ESTRUCTURALES DE LA DESINDUSTRIALIZACION ARGENTINA: ALTERNATIVAS DE INDUSTRIALIZACION	
Eduardo M. Basualdo	13
II- SITUACION ACTUAL Y PERSPECTIVAS DE LA INDUSTRIALIZACION EN BOLIVIA	
Horst Grebe López	71
III- INDUSTRIALIZACION Y DESARROLLO EN EL BRASIL PERSPECTIVAS Y AJUSTE	
Carlos Aguiar de Medeiros	107
IV- DESARROLLO INDUSTRIAL EN CENTROAMERICA: PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS	
Alfredo Guerra-Borges	145
V- DE LA DESINDUSTRIALIZACION A UNA NUEVA INDUSTRIALIZACION EN UN CHILE DEMOCRATICO	
Carlos Vignolo	195
VI- LA INDUSTRIALIZACION EN MEXICO. TEMAS Y DEBATES	
Jaime Ros	237
VII- INDUSTRIALIZACION EN EL PERU CONSIDERACIONES Y PROPUESTAS	
Javier Iguñiz - José Távora	257
VIII- LA ECONOMIA VENEZOLANA: INDUSTRIALIZACION, CRISIS Y AJUSTE	
Victor Fajardo Cortez	279

**V- DE LA
DESINDUSTRIALIZACION
A UNA NUEVA
INDUSTRIALIZACION
EN UN CHILE
DEMOCRATICO***

Carlos Vignolo

DE LA DESINDUSTRIALIZACION A UNA NUEVA INDUSTRIALIZACION EN UN CHILE DEMOCRATICO*

*“La felicidad está en la búsqueda
de la verdad, no en encontrarla”
(Albert Einstein)*

*“La paz comienza donde las
expectativas terminan”
(Proverbio oriental).*

PREAMBULO

El autor de estas líneas quisiera poder, en su acción, guiarse por la sabiduría de las palabras anteriores. Debo admitir que no es así.

Al empezar a presentar mis puntos de vista me es necesario reconocer que la impaciencia, la ansiedad y brotes de desesperanza me acompañan en este intento por aportar al debate sobre el tema de la industrialización en Chile.

Varios elementos inciden en ello

En primer lugar, confluye a esta incómoda sensación la convicción de que la industrialización y el problema económico en general no son, por lejos, el problema más importante de nuestros países. Ciertamente no es el problema más importante de hoy en Chile, que actualmente enfrenta una de las situaciones más dramáticas de su historia. El problema económico, siendo grave y afectando violentamente lo menos a un tercio de la población, no es el problema principal de nuestro país.

La crisis chilena, y tal vez la de muchos de nuestros países, no es sólo una crisis económica. Ni se agota tampoco en lo social y lo político. Las dimensiones morales, culturales y psicosociales entran también en juego y son probablemente las más profundas y centrales de todas.

Me resulta difícil, entonces, asumir mi tarea como economista, dada esa convicción de que lo fundamentalmente necesario no es tanto la búsqueda de esquemas económicos alternativos, sino el encontrar formas de salida a las crisis integrales y de convivencia básica de nuestras sociedades. Soy de aquellos que estima un error pensar que el advenimiento de la democracia resolverá por arte de magia muchos de nuestros problemas. Muy por el contrario, me inclino por pensar que si no entendemos cabalmente las bases sociales y psicológicas profundas en que han germinado y se han sustentado los regímenes autoritarios, difícilmente podremos alcanzar el objetivo de consolidar democracias estables y cada vez más igualitarias en nuestras sociedades.

Está también en la base de mi inconfortable partida, la sensación, cada vez más arraigada en mí, de que no sólo algo anda mal con la realidad que nos toca vivir, sino también con los métodos que utilizamos para intentar entender dichas realidades y, lo más importante, con las fórmulas que proponemos -y a veces incluso llevamos a la práctica- para intentar transformarlas. Debo admitir que mi inquietud en relación con este punto trasciende nuestro debate sobre el subdesarrollo, la dependencia y la miseria (no solamente económica) de nuestros pueblos. En efecto, mi duda metodológica (y tal vez epistemológica), se extiende a los intentos por salir de otras formas de miseria de los pueblos así considerados "desarrollados" del mundo. Soy también de aquellos que tienen la angustiante pero al mismo tiempo expectante sensación de que vivimos una ola de cuestionamiento profundo respecto de las bases filosóficas, científicas y valorativas sobre las cuales ha descansado el "avance" de la humanidad.

Hablar de industrialización, sin poder ligarlo a este trasfondo de cambios profundos ayuda a dificultarme la tarea.

En parte como proyección de lo anterior confluye, por último, al estado de ánimo descrito, un cierto agotamiento con mi labor como intelectual y ente político-técnico, y la concomitante sensación de que las formas de trabajo y los métodos de comunicación que utilizamos -incluyendo el seminario que nos convoca- son, muy frecuentemente, más bien un divertimento académico que un ejercicio responsable y franco de pensar colectivamente y fraternalmente nuestras realidades.

Quisiera que todo lo anterior pudiera reflejarse en una aproximación diferente al tema que me toca abordar. Sin embargo, estoy lejos aún de dominar un método alternativo. Es por ello que probablemente mi intento por ser heterodoxo se limite a muy poco más que estos inconexos exabruptos iniciales. Un poco más desahogado por ellos, y esperando generar reacciones que nos lleven a debatir algunos de los temas paralelos que menciono, me aboco a mi presentación sobre la industrialización en Chile.

1.- INTRODUCCION

Con las limitaciones antes señaladas, es el objetivo de este trabajo abordar el tema de la industrialización en el caso chileno. No en cuanto tema académico sino por la relevancia que él tiene en el plano de la búsqueda de alternativas económicas capaces de responder eficientemente a los desafíos de la redemocratización chilena, cuando ésta se inicie. Nuestra preocupación es el futuro, en cuanto problema económico-político. El pasado nos interesa sólo en la medida que de él podemos obtener lecciones para evitar hacia adelante los errores del pasado. El presente nos interesa a su vez en cuanto constituye el punto de partida para el proceso de transformaciones económicas, sociales y políticas al cual, con estas reflexiones, queremos contribuir.

Ahora bien, dado que por una parte la experiencia reciente de Chile es, simultáneamente, de desindustrialización y de dictadura, nuestro planteamiento involucra una doble ruptura con la actual situación. Esta diferencia con la gran mayoría de los otros trabajos que aquí se presentan, involucra algunas diferencias de método con respecto de ellos. Necesariamente este trabajo conlleva un cierto grado de política y economía-ficción. Y aún cuando una breve discusión sobre la dinámica esperable de los hechos es incluida, en lo medular los planteamientos que se hacen suponen un escenario económico y político, al cual muchos de ellos quedan condicionados.

Más que un intento de hacer economía política de la industrialización de Chile de cara al futuro, enfoque hacia el cual el autor estima necesario avanzar, el presente trabajo aborda, con un enfoque de corte analítico, algunos de los temas centrales del debate, tal como hoy día están planteados para la discusión en la oposición democrática en Chile. Junto con señalar algunos de los puntos donde hay crecientes consensos, se destacan algunos de los puntos claves de disenso que aún subsisten. Se remarcan en particular ciertos elementos de ruptura con las concepciones que iluminaron las propuestas de transformación económica en el Chile del pasado,

El objetivo central del trabajo es ofrecer aportes, con una “agenda” más o menos estructurada, a la continuación del proceso de elaboración de propuestas sobre estas materias. Si bien el documento está estructurado íntegramente en torno a la problemática particular de Chile, muchos planteamientos pueden ser aplicables a otras realidades.

Por razones de tiempo, espacio y competencia se dejan definitivamente fuera un numeroso conjunto de aspectos que atañen al conjunto del problema del subdesarrollo, centrándose en aquellos más específicos del tema de la industrialización.

Luego de una breve y esquemática revisión de lo ocurrido con la industrialización chilena durante el periodo neoliberal en el capítulo 2, el trabajo se articula en los tres capítulos siguientes en torno a las tres preguntas tradicionales de la economía, planteadas en relación con el proceso industrializador: ¿para qué industrializar?, ¿qué industrializar? y ¿cómo industrializar?

Por engorroso, no se utiliza sino en contadas ocasiones el tradicional sistema de adjudicar a los diversos autores los méritos correspondientes por las ideas y argumentos que en el texto se utilizan. Resulta difícil para el autor, además, siquiera identificar la génesis de las ideas que se exponen. En todo caso, muchas de ellas están claramente inspiradas en los trabajos de dos destacados economistas industriales chilenos: Oscar Muñoz y Fernando Faynzylber.

2. CHILE: UN CASO DE DESINDUSTRIALIZACION PROGRAMADA

Una fundamental especificidad del caso chileno debe, en primer lugar, ser establecida: a diferencia de lo ocurrido en la mayoría de los países de América Latina, en Chile la crisis de la industria no es, en lo esencial, ocasionada por los cambios y las crisis a nivel de la economía internacional, sino por la aplicación del esquema neoliberal, a partir de 1973.

Es cierto que el proceso chileno de industrialización había enfrentado serios tropiezos ya en la década de los 60. Pero mientras otros países que enfrentaron obstáculos similares se mantenían apegados a la idea de la industrialización -algunos introduciendo positivas correcciones en las estrategias y políticas industriales- Chile fue deliberadamente sacado del camino de la industrialización a través de la aplicación del experimento monetarista neoliberal.

Parece conveniente recordar, para sustentar esta afirmación, algunos de los principales ingredientes del esquema económico implantado en Chile, con un profundidad y velocidad muy por sobre las observables en experiencias similares en otros países.

Luego de un período inicial de pugnas entre los sectores de economistas que apoyaban al gobierno que emerge del golpe militar de 1973, logra imponer su línea de pensamiento un sector con origen en el mundo académico y ligado fuertemente a las tesis monetaristas neoliberales de la Universidad de Chicago. Este grupo, caracterizado adicionalmente por su alto grado de ideologización y mesianismo, rompe frontalmente con la línea de evolución gradual del pensamiento económico chileno, imponiendo una versión extrema de los postulados neoliberales, apoyados en la escasa posibilidad de oposición y crítica que el marco autoritario les garantiza.

A partir de un diagnóstico caústico del sistema económico y político preexistentes, sus supuestas insuficiencias y deficiencias, los economistas de la escuela de Chicago, los neo-conservadores de la vertiente gremialista y las Fuerzas Armadas se concertan -no sin conflictos- para echar las bases de un nuevo modelo de sociedad para Chile. Resulta así un híbrido peculiar de los

postulados de Friedman y von Hayek, los principios de la doctrina de la seguridad nacional y ciertos ingredientes extraídos del tradicionalismo católico.

En lo concreto, la sociedad chilena es forzada a aceptar un modelo permisivamente liberal en lo económico y extraordinariamente represivo en lo político.

Esta aparente paradoja es explicada, por los artífices económicos del modelo, recurriendo al argumento de que sólo un rápido crecimiento económico permitiría alcanzar aquellos niveles de vida mínimo suficientes para que los individuos puedan hacer uso "responsable" de su libertad política. Lograr un rápido crecimiento económico requería, a su vez, de un conjunto de transformaciones estructurales, que sólo se podían realizar -según sus propulsores- en el marco de transitorias restricciones a las libertades cívicas.

Entre otras transformaciones, se postulan como fundamentales las reversiones de las tendencias planificadoras, estatistas y proteccionistas, que los economistas neoliberales consideraban la raíz del (supuesto) estancamiento económico de Chile en las décadas precedentes. Así, casi como una sistemática negación de los rasgos fundamentales de la estrategia de desarrollo que en Chile había predominado, con diversas variantes, desde los años 30, se diseña e implementa un verdadero intento de revolución capitalista para Chile.

El modelo de Chicago se pone en práctica imponiendo, como primera medida, la aplicación de una política de "shock", que reduce violentamente el gasto fiscal y el crédito interno durante el año 1975, buscando lograr una drástica reducción de la alta inflación imperante. Este objetivo no se consigue, generándose en cambio, durante ese año, una caída de 16.6% del PGB y de 26.4% del producto industrial, con un incremento de la desocupación desde 9.2% a 16.4%. [1]

A esta política se sumaría en los años siguientes un conjunto de medidas que, globalmente, significaron una situación muy adversa para el sector industrial y para el proceso de inversión en general: un acelerado proceso de desgravación arancelaria que en menos de 4 años llevó los aranceles de un nivel promedio de 90% a uno levemente superior al 10%; una fuerte privatización de la economía que ocasionó un severo proceso de concentración de la propiedad y del ingreso; y un también rápido proceso de liberalización financiera, que terminó con el control del mercado de capitales y estimuló el desarrollo de las instituciones financieras privadas, desembocando ello en la generación de elevadas tasas de interés real, que en algunos años bordearon el 50% anual.

No es de extrañar, dado todo ello, que en el período 1974-1983 la industria chilena haya caído en un 25% en el nivel de producción, que se hayan cerrado más de 5000 establecimientos industriales y se hayan perdido cerca de 150.000 puestos de trabajo.

TABLA 1: INDICADORES SELECCIONADOS DE LA ECONOMIA CHILENA

	Indice de PGB (Base 1970)	Tasa de Variación del PGB	Indice de PGB (2) industrial (Base 1970)	Tasa de Variación PGB industrial	Participación del PGBT en PGB	Tasa de inversión (2)	Tasa de desocupación (3)
1960	63,9	0	59,6	0	23,0	20,7	0
1965	86,6	0,8	79,9	4,4	24,8	19,9	0
1969	98,0	3,7	98,0	2,7	24,7	19,6	0
1970	100,0	2,0	100,0	2,0	24,7	20,4	5,7
1971	109,0	9,0	113,6	13,5	25,7	18,3	3,8
1972	107,6	-1,2	116,1	2,2	26,6	14,8	3,1
1973	101,7	- 5,5	107,1	- 7,7	26,0	14,7	4,8
1974	107,9	6,1	111,0	3,6	25,4	17,4	9,2
1975	90,0	-16,6	81,7	-26,3	22,4	15,4	18,8
1976	93,7	4,2	83,9	2,6	22,1	12,7	19,3
1977	101,7	8,5	89,5	6,7	21,7	13,3	17,5
1978	108,0	6,2	95,2	6,4	21,7	14,5	17,7
1979	116,4	7,8	102,3	7,1	21,6	15,6	18,0
1980	123,1	5,8	104,4	2,5	21,0	17,6	16,1
1981	128,3	4,2	102,8	- 1,5	19,8	19,5	16,0
1982	110,2	-14,1	81,2	-21,0	18,2	15,0	28,2
1983	109,5	- 0,7	83,7	3,1	18,9	12,9	22,0
1984	116,4	6,3	92,0	9,8	19,5	13,2	18,4
1985	119,2	2,4	93,1	1,2	19,3	14,8	16,4

(1) FUENTE: Cuentas Nacionales ODEPLAN (1960-1973, 1982-1983), Meller y otros (1984) (Años 1974-1981).

(2) FUENTE: Cuentas Nacionales ODEPLAN

(3) FUENTE: Instituto Nacional de Estadísticas (INE). Incluye Programa de Empleo Mínimo (PEM), no incluye Programa de empleo para jefes de hogar (POJH)

Como una manera de formarse una imagen gruesa de lo que esto significó para la economía nacional cabe señalar que, de haberse mantenido la ya debilitada tasa de crecimiento de la década del 60, durante el período 1973-1984, la producción industrial habría sido en este último año un 77% superior a lo que efectivamente fue.

Con el agravante de que sectores industriales claves, como el metal-mecánico y el químico, resultaban los más afectados: ambos sectores estaban en 1983, más de un 30% por debajo del nivel de producción de 1973, habiéndose reducido la ocupación en esos sectores en cerca de 50% entre los mismos años. Adicionalmente, sectores industriales que tenían un desarrollo inducido incipiente, como el automotriz y el electrónico de consumo fueron literalmente desmantelados.

Con este desempeño la industria chilena pierde participación en el producto total del país: de representar un 25.4% en 1974, cae a 18.9% en 1983. Igualmente, la industria chilena pierde presencia en el concierto latinoamericano: mientras en 1970 Chile generaba el 5% del producto industrial de América Latina, en 1984 sólo daba cuenta del 2.9% de dicho producto. [2]

En la Tabla 1 queda en evidencia además otra de las serias falencias del período: la baja tasa de inversión. No obstante el elevado nivel de ingreso de capitales externos, que determina que Chile tenga actualmente una de los más altas tasas de endeudamiento per cápita del mundo, los niveles de inversión en capital fijo son en promedio, en el período, del orden de un 25% más bajos que los prevalecientes en la década de los 60. Este sólo hecho hace esperar altas dificultades para un incremento de la producción industrial en los próximos años, siendo ello particularmente serio en el sector productor de bienes de capital. A esto se debe sumar un fuerte debilitamiento en la formación de capital humano, producto de la migración de personal calificado; la pérdida de estas calificaciones por falta de práctica y la interrupción de los procesos formales de capacitación de obreros y técnicos industriales.

Finalmente, es necesario agregar que el experimento monetarista, junto con dañar seriamente la actividad industrial, eliminó la investigación y el debate sobre el destino de la industria en Chile. A la par de la desinversión física y en capital humano se registra una desinversión en conocimiento actualizado sobre, los diversos elementos involucrados en los procesos industriales, a nivel de planificación y operación.

Aún cuando explícitamente nunca se exteriorizó una intención desindustrializante, era evidente para cualquier observador que la implantación de una política económica tan ortodoxamente *laissez-fairiana* necesariamente conlle-

vaba un fuerte deterioro de la importancia del sector industrial. Como contrapartida casi inevitable, producía una reespecialización primaria exportadora, basada en los sectores con ventajas comparativas naturales.

Tomando en cuenta estos antecedentes no es aventurado plantear que, en buena medida, la desindustrialización de Chile es el resultado de una acción conciente y deliberada. Los economistas neoliberales, a partir de su severa crítica del esquema sustitutivo de importaciones y del esquema económico global seguido en Chile desde la gran crisis de los 30, plantean una nueva opción que, a juicio de sus impulsores, eliminaría las ineficiencias que ese esquema conllevaba y que obstaculizaban el proceso de desarrollo económico. En la realidad, muchas de las ineficiencias se eliminaron, pero a costas de eliminar también una parte considerable de la industria chilena. [3]

La nueva opción de especialización productiva y regulación económica implantada por los economistas neoliberales logra, sin embargo, algunos resultados favorables en su primera fase que, aún cuando son sólo parcialmente asignables a las políticas económicas del período, permite a estos economistas cimentar grandes expectativas en el desempeño de largo plazo del nuevo modelo. Entre 1974 y 1980 se produce un 'boom' en el rubro de las exportaciones de productos primarios, especialmente fructícolas, silvícolas y pesqueros, el valor de las cuales crece a tasas promedias de 20% real anual. Este desarrollo se ve favorecido por la maduración de proyectos de inversión y diversas acciones emprendidas con anterioridad a la aplicación de las políticas neoliberales, así como por el muy favorable entorno internacional.

Este resurgimiento del modelo primario exportador, no obstante su buen desempeño en términos del crecimiento de las exportaciones -especialmente las no-tradicionales- no es, sin embargo, capaz de compensar los efectos negativos de la desindustrialización, especialmente en términos de empleo. Mientras en los seis años señalados la industria manufacturera pierde más de 150.000 puestos de trabajo, el crecimiento de los sectores exportadores logra generar solamente 50.000 empleos directos. Con el agravante de que, como es conocido, el impacto multiplicador de las nuevas producciones y empleos en el sector primario es considerablemente más bajo que aquel que caracteriza a las actividades industriales [4]. Ello explica que, durante toda esta primera fase del experimento neoliberal, la tasa de desempleo se haya mantenido en torno al 18%, cifra que triplica el desempleo promedio de la década de los 60, período consignado por los economistas neoliberales como de estancamiento económico.

Ahora bien, cuando la economía mundial entra en crisis a principios de la década de los 80 y se revierten las favorables condiciones financieras y comerciales, la economía chilena y el nuevo modelo primario exportador sufren un

violento colapso. El producto nacional cae en 14% en 1982 y el desempleo supera el 30% de la fuerza laboral. Las exportaciones caen en más de un 20% en términos reales y en 1985, luego de varios años de sostenidos incrementos en el quantum físico exportado, el valor de las exportaciones se mantiene por debajo del alcanzado en el año 1980, incluso en términos nominales.

Si bien en una primera fase la industria acompaña la caída general de la economía, en esta nueva crisis (en 1982 el producto industrial cae en 21,6%), a partir de 1984 el sector industrial empieza a verse favorecido por los cambios introducidos en el esquema económico neoliberal, particularmente por la fuerte alza en la tasa de cambio. Contribuye a ello también el reestablecimiento de una política comercial más flexible, que permite, entre otras cosas, la fijación de sobretasas arancelarias fundamentadas en prácticas de *dumping* y otras prácticas comerciales "desleales".

En general, se observa a partir de 1982 un manejo más pragmático y realista de la política económica, lo que crea condiciones favorables para una recuperación del sector industrial, que en el periodo 1983-1985 logra un crecimiento total de 14%, superior al 8% del conjunto de la economía.

No hay, sin embargo, que llamarse a engaños. Por muchas que sean las modificaciones que se introduzcan al modelo neoliberal, lo más que éste podrá lograr es recorrer lo que se podría denominar la etapa fácil de la reindustrialización chilena. Pero lograr una nueva industrialización, y con ello un nuevo desarrollo, requiere de una aproximación radicalmente distinta de la que caracteriza al pensamiento neoliberal, por pragmático y modificado que esté. La reindustrialización de Chile requiere de una estrategia industrial, así como pensar en términos de planificación estratégica y de planificación industrial. Requiere de pensar en términos de un proyecto nacional de desarrollo, tarea que el actual régimen no puede asumir, por las circunstancias políticas en que se desenvuelve y por la ideología económica de que es centralmente tributario.

Pensar en el inicio de una nueva industrialización en Chile, significa pensar, en definitiva, en la base material del necesario proceso de redemocratización de la sociedad chilena. A ello están dedicados los siguientes acápite de este trabajo.

Antes de entrar en ello es necesaria, sin embargo, una reflexión final sobre el período neoliberal-autoritario, su balance y las lecciones que nos entregue para el proceso de reflexión y posterior contribución al diseño colectivo de una nueva economía para el Chile democrático.

Sin duda, el balance del experimento reciente es desastroso desde muchos puntos de vista. No sólo el sistema político que lo cobijó ha significado un drama de muerte, tortura, exilio, persecución y falta de libertades de todo tipo para una parte importante de la población. También el sistema económico

ha traído sufrimientos a muchos chilenos, por la cesantía, la incertidumbre, la caída de los ingresos, las pérdidas patrimoniales, etc.

Aún a un costo intolerable lo hecho ha producido, sin embargo, beneficios en algunos ámbitos y ha introducido cambios positivos que no deben ser ignorados. Dado que no es posible revertir la historia, al menos es fundamental no desestimar aquello que con costo tan alto y cruel ha sido obtenido. La historia de Chile y de otros países nos muestra que no es posible echar las bases de una sociedad que se desarrolle y consolide como tal sino existe un mínimo de continuidad entre los proyectos políticos y económicos que se suceden. En Chile, el péndulo político debe moverse, en las actuales circunstancias, definitivamente al otro extremo, al respeto irrestricto de los derechos humanos y a la consecución de niveles mínimos de incorporación de los sectores hoy excluidos. Sería sin embargo un grave error que la figura del péndulo predominara también en lo económico.

Si bien es cierto que hay ámbitos en los cuales los cambios tienen que ser radicales -como imperativo de consistencia con los principios que deben orientar la nueva economía- en otros ámbitos es importante rescatar y perfeccionar lo hecho por el modelo neoliberal. Por lo demás, muchas de las transformaciones realizadas en este periodo eran consideradas necesarias por muchos economistas ya a fines de la década de los 60, como queda en evidencia al hacer la lectura de la Estrategia de Desarrollo Industrial de CORFO de aquellos años.

Es necesario, entre otras cosas, continuar con el proceso de desburocratización y descentralización de decisiones en el sector público, eliminando los impedimentos que a esos procesos impone el carácter autoritario y unipersonal del actual régimen. El apoyo a la generación de sectores empresariales pujantes en el ámbito exportador debe continuar y ser perfeccionado. La difícil situación con la que ha sido enfrentada la industria ha producido una dolorosa pero necesaria selección de empresas, induciendo, en algunas de las sobrevivientes, dinámicas de crecimiento e innovación que deben ser alentadas. Sería ciertamente un error revertir esas tendencias, por ejemplo por la vía de retroceder hacia elevadas protecciones arancelarias.

Incluso, debemos contemplar que, algunos de los elementos valóricos del actual esquema deben ser adecuadamente conciliados con los valores centrales del esquema alternativo. Por ejemplo, la búsqueda de soluciones más individuales y autónomas a los problemas económicos, como alternativa al esquema de excesiva dependencia frente al Estado que predominaba en el Chile pre-1973. Algunos otros elementos de continuidad con respecto del actual esquema económico, así como muchos otros de ruptura, son propuestos implícitamente en las páginas siguientes, en que se establecen planteamientos de fondo y forma para una nueva industrialización en Chile.

3. HACIA UNA NUEVA INDUSTRIALIZACION: ¿PARA QUE?

3.1. El argumento general en favor de la industrialización

No obstante el creciente consenso respecto del rol central que la industrialización está llamada a jugar en una estrategia de desarrollo para la redemocratización chilena, es altamente inconveniente darle un trámite y despacho rápido a esta crucial pregunta. Entre otras cosas porque, precisamente, una de las lecciones obtenidas del proceso de industrialización chilena en el pasado es que, una respuesta poco fundamentada a esta pregunta puede generar serios problemas en la contingente relación entre la industrialización y el proceso global de desarrollo económico.

Una respuesta adecuada al Para Qué industrializar requiere de análisis diferenciados pero interrelacionados a lo menos en cuatro niveles:

- La relación industrialización-crecimiento económico (autosostenido y de largo plazo).
- La relación industrialización-desarrollo económico (con satisfacción de necesidades básicas, eliminación del desempleo y el logro de crecientes niveles de equidad distributiva).
- La relación industrialización-democratización de la sociedad.
- La relación industrialización-bienestar integral (calidad de vida).

Sin ánimo de ser exhaustivos y sólo en la línea de dar paso posteriormente a una argumentación en favor de la industrialización para Chile, se analizan a continuación algunos de los principales aspectos por tener en cuenta en cada uno de estos cuatro niveles.

a) Industrialización y Crecimiento

En este nivel no existe mayor campo para el debate: la evidencia empírica de numerosos casos, así como muchos argumentos deducibles de las teorías económicas, apuntan a la conclusión de que la industrialización juega un rol central en el proceso de crecimiento económico. Particularmente, si por industrialización se entiende no sólo el desarrollo del sector industrial manufacturero sino la generalización de una lógica tendiente a incrementar el trabajo humano, la creatividad y la tecnología incorporada a los bienes que una determinada economía produce.

La importancia de lo industrial está asociada, en primer lugar, a la posición central que en esta actividad tienen el trabajo humano y los procesos de incremento de la productividad de éste. Esto en contraste con otras actividades donde, por ejemplo, el factor preferente de generación de riqueza son los recursos naturales; y donde, por tanto, el proceso de acumulación está acotado por la existencia y la calidad de estos recursos. En la medida en que en los procesos industriales la capacitación de la mano de obra y la introducción de nuevas tecnologías pareciera no presentar límites, se obtendrá el ámbito privilegiado para la consecución simultánea de mayores niveles de productividad, producción y empleo.

En la misma línea, el sector industrial ha sido históricamente el sector portador y difusor del desarrollo tecnológico por excelencia. Si bien es cierto que en los últimos tiempos el sector servicios ha emergido como una fuerte competencia en este ámbito, para países subdesarrollados como Chile todavía la obtención de niveles tecnológicos superiores está vinculada al incremento en el grado de industrialización de la economía.

Es sabido, además, que una cuota considerable del dinamismo de los servicios en las naciones centrales ha sido inducida por las transformaciones y requerimientos de la actividad industrial.

Un tercer factor que confluye a explicar la importancia de la actividad industrial en el dinamismo de las economías es el alto grado de interdependencia de ella con el resto de los sectores económicos. Ya sea por eslabonamientos directos o indirectos o la generación de determinaciones externas positivas, la producción industrial presenta una capacidad de amplificación de su dinamismo muy superior al exhibido por otros sectores productivos, particularmente los primarios extractivos. A manera de ejemplo, mientras un nuevo empleo en la minería chilena induce otro empleo en el resto de la economía, en la industria alimentaria el efecto inducido puede ser hasta cinco veces mayor.

La industrialización es clave, por último, porque por la centralidad que ocupa en el sistema de interrelaciones productivas, su desarrollo es condición

“sine qua non” para alcanzar el objetivo de incrementar el nivel de autosostenibilidad y disminuir el grado de dependencia de la economía nacional. En un contexto internacional altamente volátil e impredecible, con los términos de intercambio de los productos primarios debilitándose sistemáticamente respecto de los manufacturados, incrementar la producción de estos últimos es clave en esta línea.

Los argumentos anteriores están en la base de la explicación de porqué todas las experiencias de crecimiento más reciente consideradas exitosas son experiencias de industrialización. Ello es válido, tanto para las experiencias más lejanas del sudeste asiático como para aquellas más cercanas de Brasil y México.

b) Industrialización y Desarrollo

Si bien empíricamente se observa la relación consignada entre industrialización y crecimiento, esta correlación no se observa con la misma regularidad entre industrialización y desarrollo. En esta segunda dimensión, se diferencian fuertemente, por ejemplo, las experiencias asiáticas y latinoamericanas: mientras en las primeras la correlación positiva se extiende al desarrollo, en las segundas ello no es así. Muy por el contrario, la industrialización en estos países, que sí ha sido dinámica, pareciera haber consolidado más que interrumpido el patrón histórico de desigualdad y marginalidad de vastos sectores de la población. En el caso de Brasil, después de 20 años de “milagro económico”, y no obstante que la industria nacional ha alcanzado patrones internacionales en varios rubros, cerca de un 50% de la población sigue viviendo al margen del proceso, experimentando miserables niveles de consumo y altas tasas de desempleo y marginalidad.

Esta constatación empírica es de crucial importancia para la respuesta a la pregunta ¿para qué industrializar?. Si de lo que se trata es simplemente de crecer, el camino parece no ser tan complejo (asumiendo que las estrategias, las políticas y las condiciones ambientales son las adecuadas, lo que no es simple). Pero si además de crecer es necesario atender los objetivos de satisfacción de necesidades básicas, de generación de empleos dignos y bien remunerados para toda la población, de aumento en los niveles de equidad, etc. la estrategia por definir plantea algunas complejidades adicionales.

Dos tipos de elementos entran en juego aquí. Por una parte los elementos relativos a las estrategias y políticas económicas. Por otro, los factores de índole socio-político.

En relación con los primeros, numerosas experiencias, incluida la de Chile durante la industrialización sustitutiva de importaciones, ilustran la crucial

importancia de conciliar explícitamente la estrategia de industrialización con la estrategia global de desarrollo y con los objetivos trascendentes de ésta. No cualquier industrialización garantiza la consecución de dichos objetivos, dependiendo ello centralmente de las opciones instrumentales, tecnológicas y sectoriales que se adopten.

Las experiencias de diversos países de industrialización reciente muestran, en todo caso, en contra de la visión fatalista respecto de la opción industrializadora, que la conciliación industrialización-desarrollo es posible.

Sería iluso pensar, sin embargo, que el lograr esta conciliación es sólo una cuestión técnico-económica. Muy por el contrario, lo central en la consecución de este objetivo se relaciona con factores de indole socio-político. Pareciera ser en verdad que el determinante fundamental de la correlación industrialización-desarrollo es el tipo de alianzas políticas y concertaciones sociales sobre las cuales se asienta un proyecto industrializador. Más allá de las declaraciones y discursos iniciales de los actores involucrados, es claro que un proyecto industrializador en el cual los actores centrales son las clases empresariales nacionales, el Estado y las empresas transnacionales -en el contexto de una economía capitalista- difícilmente podrá conducir a un genuino proceso de desarrollo económico, en los términos antes planteados.

La participación activa de la clase obrera industrial en el proyecto industrializador puede no alterar significativamente el cuadro, dependiendo ello obviamente de las opciones ideológicas hegemónicas en el movimiento obrero. Por una parte, las tendencias tecnológicas determinan que la importancia cuantitativa de la industrialización en la generación de empleo -incluso si las políticas económicas tienden a aminorar este efecto- sea cada vez menos, lo cual determina que la participación de la clase obrera industrial sobre el conjunto de los sectores populares sea a su vez decreciente. Por otra parte, como contrapartida de lo anterior, en la medida que la calidad de los empleos industriales y los salarios de estos suben, se produce un distanciamiento entre estos sectores sociales y las grandes mayorías empobrecidas. Obviamente, los elementos ideológicos pueden alterar esta situación, pero no parece realista cifrar sólo en ello la expectativa de garantizar la correlación industrialización-desarrollo.

No es este un problema de fácil solución, pero al menos una línea de acción parece clave: lograr que el conjunto de los sectores populares participen del proyecto de industrialización aún cuando no estén directamente vinculados a él. Sin participación popular en la esfera de lo económico, incluida la conducción del proceso industrializador, la posibilidad de lograr esta conciliación queda supeditada a la visión política y al compromiso nacional de largo plazo de las élites dominantes, atributos no frecuentes en estos grupos en estas latitudes.

c) Industrialización y proceso democratizador

Diversos analistas coinciden en destacar que, más allá de su importancia económica, la industrialización juega un papel destacado en los procesos de democratización de las sociedades, en un sentido integral. Ello está vinculado a la centralidad del trabajo en los procesos industriales en dos dimensiones paralelas: la dimensión de incorporación social a nivel individual y la dimensión de participación de los trabajadores industriales como clase social.

En el primer plano es claro que la actividad industrial, más que otras, especialmente aquellas ubicadas en el sector primario de la economía, da lugar a incrementos en el nivel de calificación técnica, el nivel cultural general y el nivel de ingreso, así como a un mayor contacto con los hechos económicos, sociales y políticos del país. Todo ello facilita la incorporación y la movilidad social, siendo más frecuente observar "ascensos" sociales intrageneracionales e intergeneracionales desde el ámbito popular industrial que desde el resto del mundo popular.

Obviamente es éste un planteamiento en términos relativos; la importancia absoluta del fenómeno está determinada por el contexto socio-político y económico en que se desenvuelve la industrialización.

En el plano de la democratización como proceso de incorporación de clases, el efecto de la industrialización es aún más claro, como lo ilustra la participación de los obreros industriales organizados, en las diversas conquistas que los sectores populares han obtenido a nivel mundial en los últimos doscientos años.

Estas dos características no-económicas de la industrialización también confluyen a reforzar la importancia que ésta debe jugar en el desarrollo de países como Chile, que enfrentan como su principal desafío la redemocratización en un sentido integral, no puramente político.

Por la argumentación dada en el punto anterior, sin embargo, no debe exagerarse el poder democratizador intrínseco de la industrialización. Así como sería un error sobredimensionar el rol "desarrollista" de la industrialización, lo sería también el asignar excesiva importancia al efecto democratizador automático de ésta. Por el contrario, uno de los aspectos claves considerar en el diseño de los contenidos de la estrategia de industrialización, debiera ser, precisamente, la intención de elevar óptimamente el poder democratizador de ella. Elementos relativos al tamaño de las unidades productivas así como a las formas organizativas de éstas, adquieren por esta vía una gran importancia.

d) Industrialización y bienestar integral

Uno de los errores más frecuentes y graves que es posible observar en los procesos de diseño de futuro, en cualquier tipo de organizaciones, es la confusión entre objetivos y medios, lo cual conduce fácilmente a la fetichización de estos últimos y al olvido de los primeros. La conducción de la economía chilena en los últimos años presenta múltiples y extremos ejemplos de ello. Hacer del control de la inflación, el equilibrio fiscal o el crecimiento de las exportaciones los objetivos económicos centrales, inevitablemente conlleva una transformación de medios en fines. También se incurre en este error, sin embargo, al asignarle al crecimiento económico y a la industrialización el carácter de objetivo trascendente.

Pero es éste un argumento que puede extenderse aún más. En efecto, aún la industrialización con desarrollo y con democratización debe ser debidamente ubicada en el amplio espectro que va desde los meros instrumentos de política hasta los objetivos trascendentes del acontecer social e individual. La observación del bienestar integral de los habitantes de las naciones que han alcanzado elevados niveles de vida -los países altamente industrializados- muestra que las fuentes de la miseria y la infelicidad humana no desaparecen automáticamente con la afluencia material y la convivencia democrática. Aún más, pareciera ser que el alcanzar elevados niveles de consumo e incluso de estabilidad da paso a la aparición de nuevos problemas, que se reflejan entre otras cosas en los elevados niveles de alcoholismo, drogadicción, delincuencia, desequilibrio emocional, suicidio y en general de insatisfacción existencial en las poblaciones de estos países. Y no es accidental que desde los círculos más avanzados de esas naciones surjan opciones de desarrollo que ponen en el centro de la preocupación la calidad de vida integral de los individuos (literatura del "otro desarrollo").

Puede parecer desproporcionado relevar esta dimensión del problema cuando lo que se discute son las opciones económicas para países donde contingentes significativos de la población aún se debaten en la extrema pobreza. Es necesario tener presente al respecto el peligro de pensar el futuro, en una perspectiva de largo plazo, como una acumulación de cortos intervalos, en los cuales se van abordando sucesivamente los diversos problemas, ordenados desde los más hasta los menos urgentes. Este enfoque es claramente más simple de manejar en términos de políticas pero conlleva el enorme riesgo de emprender y recorrer caminos que no son susceptibles de ser modificados a posteriori, para incluir dimensiones inicialmente no priorizadas.

En este sentido, aún cuando el rango inicial para la incorporación efectiva de estas dimensiones trascendentes sea reducido, es fundamental tenerlas

explícitamente presentes en el proceso de diseño de una nueva estrategia de desarrollo para Chile.

3.2. Industrialización y redemocratización en el Chile postdictadura

Es a la luz de las relaciones anteriores, aplicadas a una realidad sociopolítica y económica esperada o supuesta, que debe fundamentarse la opción industrializadora en un caso específico como el de Chile. A ello se dedican las siguientes páginas de este trabajo.

Las experiencias de redemocratización reciente, experimentadas en una variedad de países latinoamericanos, muestra con claridad la complejidad de estos procesos y la dependencia que ellos observan respecto de la capacidad de la economía para responder a los múltiples desafíos que se enfrentan. Más serios son estos cuando se produce la siguiente ecuación: cuanto mayor sea la comprensión del consumo y la marginalización de la población durante el período autoritario, mayor será el deterioro de la base productiva, mayor el nivel de estrangulamiento externo de la economía y más conflictiva la arena política. Todo lo cual es parte del panorama que enfrentará la redemocratización en el caso de Chile.

Con un endeudamiento externo per-cápita de los mayores del mundo, con un 30% de la población en condiciones de pobreza extrema, con un 20% de desempleo y con una base productiva dañada seriamente, el cuadro económico visualizable para la redemocratización chilena es de extrema estrechez.

La compresión del consumo y de los salarios hace esperable una fuerte explosión de demandas sobre la nueva economía, y sobre el sistema político en su conjunto. Aún cuando se asuma con la máxima seriedad el fundamental proceso de morigerar esta explosión de demandas, el realismo político exige no cifrar expectativas exageradas en esta acción. No sólo influye en ello la extensión en el tiempo de las privaciones a que ha sido sometida una parte importante de la población, sino también las expectativas que ha generado la exposición prolongada de todos los sectores, incluyendo los marginados, por patrones de consumo propios de países desarrollados.

Si a ello se agrega la difícilmente evitable prolongación de esta exposición, como resultado de la revolución de las comunicaciones -que hace cada vez más difícil pensar en alternativas de desarrollo de corte autárquico- queda claro que la disposición a aceptar renuncias incluso transitorias al consumo no será muy alta, por imprescindible que socialmente parezca.

Por otra parte, es altamente probable que el fin del régimen autoritario se materialice en la forma de una negociación incluyente de un espectro amplio de sectores políticos y sociales, lo cual a su vez limitará la posibilidad de recu-

rrir a la vía redistributiva como mecanismo central para atender las legítimas demandas de los sectores más postergados. Cabría agregar, en otro plano, que de materializarse una salida negociada, el compromiso de estos últimos sectores para con la emergente democracia será inferior al que, por ejemplo, es observable en los procesos de carácter revolucionario.

Son este conjunto de factores los que, independientemente de consideraciones valóricas e ideológicas, confluyen en la necesidad de asignarle una crucial importancia a la ampliación rápida y estable de la disponibilidad agregada de bienes de la economía. La eficiencia en la asignación de recursos y el crecimiento autosostenido de la base productiva surgen así como imperativos de la consolidación democrática (en el escenario supuesto).

Por lo señalado en el acápite anterior, ello plantea la ineludible necesidad de la industrialización como pivote fundamental de la nueva economía. Cabe recordar a estas alturas de la argumentación, sin embargo, la amenaza de la industrialización sin desarrollo. Se debe insistir, en primer y fundamental lugar, en que si la salida negociada no incluye una dosis considerable de protagonismo popular, la opción antes fundamentada puede perfectamente servir para resolver los conflictos más apremiantes del período de la redemocratización y luego derivar hacia un proceso de crecimiento con exclusión y sin profundización democrática.

Igualmente importantes para garantizar la correlación industrialización-desarrollo-democratización son: la conquista para la centralidad del trabajo (y la subordinación del capital a éste) de un lugar de privilegio en la estrategia global de desarrollo. La importancia asignada en dicha estrategia a la búsqueda de formas organizativas que resulten en una contribución efectiva para: -la democratización de las decisiones-; -la socialización del producto-; la igualación de las oportunidades de acceso al capital. Igualmente, no puede abandonarse, por urgentes que sean los requerimientos del corto plazo, los objetivos trascendentes de la estrategia en términos de la calidad de vida integral, constituyendo en particular el problema de la alienación en el trabajo un aspecto que debe ser debidamente considerado. El gran desafío en este ámbito es el logro de una combinación dialéctica de las componentes modernizantes, que necesariamente el proyecto industrializador porta, y de las componentes más "bucólicas" que caracterizan la opción por el "otro desarrollo".

Esto es, por una parte, una necesidad de consistencia para con los objetivos trascendentes de la estrategia. Pero, por otra, es también un imperativo generado por las limitaciones que la industrialización presenta para atender simultáneamente y eficientemente la vastedad de demandas que la economía democrática enfrentará.

En primer lugar, es fundamental tener claro que el aporte de la industrialización a la generación de empleo será definitivamente insuficiente para la erradicación en un período razonable de tiempo de este flagelo. En un escenario optimista, el sector industrial manufacturero podría generar 50.000 empleos por año en forma sostenida, lo que equivale a cerca del 10% de la masa actual de desempleados y se aproxima al crecimiento anual de la fuerza de trabajo. Y la industrialización entendida como extensión de la lógica industrial a otros sectores de la actividad productiva, por ejemplo la agricultura, probablemente inducirá más bien un cambio cualitativo y no cuantitativo en lo que a empleo se refiere. Aún más, esta dimensión de la industrialización deberá ser controlada para evitar un agudizamiento del problema del desempleo rural y de la migración campo-ciudad.

En segundo lugar, por exitosa que sea la industrialización en la consecución de su objetivo central de ampliar la base productiva, difícilmente bastará para atender adecuadamente los requerimientos de ampliación del consumo nacional. Máxime porque la necesidad de la acumulación implicará destinar una fracción considerable de la producción industrial a estos fines.

Así, la necesidad de generar empleos y contribuir a la producción de bienes fuera de la órbita industrial, hace inevitable imaginar formas complementarias de producción. La autosatisfacción de necesidades básicas, incluyendo muy especialmente el ámbito alimentario y la vivienda, aparecen por esta vía como mecanismos de respuesta tanto a las demandas del corto plazo como a la búsqueda de nuevas formas de organización productiva. La existencia de varios centenares de miles de personas que han recurrido a estas vías, como forma de paliar la grave situación económica de la última década ofrece, además, una promisoría base inicial para avanzar en esta senda alternativa de crecimiento y desarrollo.

La factibilidad de una conciliación dialéctica, y no necesariamente ecléctica, de las opciones modernizante y por el "otro desarrollo", se ve favorecida por tendencias observables en otras experiencias relativamente exitosas. A manera de ejemplo, el rol de las pequeñas empresas, así como la viabilidad de integrar en procesos productivos unidades de distinto nivel tecnológico, que se observa en países tales como Italia y Japón, permite alentar un relativo optimismo en esta línea.

En términos esquemáticos, pareciera posible, basado en transformaciones tecnológicas a nivel de la producción, la administración y las comunicaciones pensar en una suerte de "heterogeneidad estructural programada", en la cual los polos tradicionalmente considerados intrínsecamente excluyentes y antagónicos, puedan incorporarse en un círculo virtuoso de acumulación y distribución.

No escapa al autor de estas líneas las enormes dificultades y complejas condicionantes de tipo económico, sociopolítico e ideológico involucradas en esta proposición. Plantearla, corriendo el riesgo de aparecer voluntarista, responde a la convicción de que la magnitud de los desafíos de la restauración y consolidación democrática exige avanzar propuestas imaginativas y audaces sobre las cuales continuar con la elaboración y el debate al interior de la oposición democrática en Chile.

Una calificación final es necesaria. Las proposiciones que se incluyen en este documento tienen más bien el carácter de “conciliación” que de “opción personal”. E intentan, por tanto, ser realistas en la valoración de lo que son las realidades objetivas y subjetivas de los distintos actores sociales y políticos involucrados en un proceso de redemocratización. Si de opciones personales se tratara, el autor no vacilaría en hacer una defensa irrestricta de una concepción del desarrollo y de la vida social e individual radicalmente rupturista respecto de lo que hoy es considerado “desarrollo”, tanto en el mundo capitalista como en el mundo socialista. Sin autocensurarse en su legítimo derecho de hacerlo en el marco del debate ideológico y filosófico, e incluso epistemológico, el autor estima que lo central en este momento es supeditar ese plano del debate a la tarea más central de encontrar propuestas de consenso, viables, creíbles y deseables para un amplio espectro de actores nacionales.

4. QUE INDUSTRIALIZAR: HACIA UNA NUEVA OPCION DE ESPECIALIZACION PRODUCTIVA

4.1. *Los criterios requeridos para el diseño de una opción industrializadora.*

Los argumentos esgrimidos en el capítulo anterior apuntan a dar fuerza a la tesis de que la industrialización debe constituirse en un pivote fundamental de la estrategia de desarrollo para la redemocratización. La aceptación de esta tesis no es, sin embargo, sino un primer paso hacia la definición de una estrategia de industrialización. Definida ésta como el proceso de incorporación creciente de trabajo, inteligencia, creatividad y conocimiento científico y tecnológico a las distintas actividades productivas, aparece sin duda como una opción atractiva pero absolutamente insuficiente al momento de diseñar estrategias y definir políticas. Es necesario, por tanto, agregar a esta opción genérica un conjunto de criterios a partir de los cuales hacer operable dicha opción en propuestas específicas de acción.

a) El requerimiento de selectividad

Un criterio o principio económico que ha ganado creciente apoyo en diversos sectores de opinión, es el de la selectividad. Aceptar este criterio significa romper, en ese aspecto al menos, con el esquema que predominó en América Latina durante el período de la industrialización sustitutiva de importaciones, que abogaba por una estructura industrial "equilibrada", en la cual los países apuntaban a tener una base industrial más o menos "completa". Un conjunto de factores, que ya estaban presentes en los análisis y propuestas antes del advenimiento del período neoliberal, nos advierten acerca de la inconveniencia de continuar ese patrón y el atractivo de la alternativa selectiva.

En primer lugar, una de las lecciones del período sustitutivo de importaciones es que avanzar en la consecución de una base industrial "completa" involucraba elevados niveles de protección, especialmente en países con peque-

ños tamaños de mercado y con dificultades, por tanto, para aprovechar economías de escala. La elevada y generalizada protección generaba a su vez un alto nivel de ineficiencia, una tendencia a la oligopolización de los mercados y una baja competitividad internacional, que a su vez presionaba por la manutención de una protección alta.

Las dificultades para elevar la eficiencia que esa opción conlleva, en una situación interna de severas urgencias y en un contexto internacional cada vez más transparente en lo que a patrones de consumo se refiere, plantea la conveniencia de buscar un mayor nivel de integración a la economía internacional, y la necesidad de asignar una mayor importancia que en el pasado a la búsqueda de competitividad internacional. Ello exige una actitud selectiva.

En segundo lugar, el periodo neoliberal legará una estructura productiva muy desequilibrada en términos sectoriales. Y si bien es condición para generar una nueva opción de especialización atacar centralmente algunos de los desequilibrios -abandonando el esquema primario exportador- sería altamente ineficiente y costoso desandar todo el camino de la desindustrialización, que, como se argumentó anteriormente, significó eliminar producciones ineficientes y difícilmente justificables (por ej. la industria automotriz).

En tercer lugar, necesario es admitir que uno de los principios que fue descuidado e ideologizado en el pasado es aquel muy básico y universal referido a las ventajas de la concentración del esfuerzo y de la especialización productiva. Es muy importante insistir a este respecto en la necesidad de diferenciar entre una especialización productiva guiada por las ventajas comparativas naturales -e inducida por la división internacional del trabajo que imponen las naciones capitalistas centrales- y una especialización productiva soberanamente decidida a nivel nacional.

La necesidad de ser selectivos se hace aún más clara si el proyecto industrializador incluye dentro de sus objetivos, no sólo ser competitivo en algunas áreas, sino, adicionalmente, alcanzar la punta tecnológica en un horizonte de largo plazo y en un conjunto aún más reducido de áreas. Y pareciera ser que, dadas las tendencias de la economía mundial, particularmente la velocidad y la impredecibilidad del cambio, es éste un objetivo que debiera ser seriamente considerado. Quedarse sólo a nivel del manejo de las tecnologías maduras puede significar prolongar en el tiempo la situación de dependencia tecnológica, económica y, en última instancia, política.

Por otra parte, buscar la independencia económica por la vía de la autarquía aparece cada día más, por las mismas tendencias señaladas, como una alternativa no-viable ni sostenible en el largo plazo.

Es todo lo anterior lo que apunta a la conveniencia de pensar la opción de especialización productiva de un país como Chile, en el contexto internacional

de los ochentas y noventas, más bien en la línea de los países pequeños del norte de Europa que de algunos países del tercer mundo que han alcanzado significativos niveles de industrialización, como por ejemplo Brasil y México. Pero incluso, si bien analizadas, las experiencias de estos y de otros países de desarrollo avanzado -por ej. Japón- ilustran la importancia de ser selectivos. Por razones de tamaño y desarrollo relativo la selectividad de la industrialización en el caso de Chile debe ser aún mayor.

Triste es constatar que todos los argumentos dados estaban lúcidamente planteados en la Estrategia de Desarrollo Industrial de Corfo de 1970, que no llegó a implementarse debido a la irrupción del neoliberalismo.

b) La conciliación de las ventajas comparativas estáticas y dinámicas

Es ésta una primera, de una larga lista de conciliaciones necesarias entre alternativas que en los paradigmas prevalecientes hasta ahora -tanto el neoliberal como el industrializante- aparecían como irreconciliables [5].

Si bien es claro que una especialización guiada por la “mano invisible” del mercado no conduce al desarrollo económico -y en el caso de Chile ni siquiera ha conducido al crecimiento económico- no es menos claro que las ventajas comparativas reveladas, especialmente las vinculadas a la existencia de recursos naturales con ventajas absolutas de costos, deben ser tenidas en cuenta al diseñar opciones de especialización productiva.

Especialmente dado que, en el caso de Chile, algunos de los sectores exportadores ligados a los recursos naturales exhiben interesantes niveles de dinamismo y un incipiente pero promisorio nivel de incorporación a grados mayores de industrialización. Estas tendencias positivas deben ser consideradas y selectivamente reforzadas.

Dos líneas deben ser exploradas para ello. La más tradicional, pero talvez la de menor potencial, es el incremento en el grado de elaboración de los productos primarios que hoy se explotan. Una nueva línea, que debe ser privilegiada, es la producción de bienes intermedios y de capital requeridos en los procesos de explotación y elaboración de los recursos naturales.

La creación de ventajas comparativas basadas en la creatividad y la incorporación de conocimiento tecnológico y científico, encontrará un nicho más favorable en aquellos rubros donde ya existe una base productiva y una experiencia acumulada. Una adecuada consideración de las tendencias en el nivel de la economía internacional así como de las potencialidades diferenciadas del aparato científico y tecnológico nacional, debe ser obviamente incorporada.

c) La conciliación entre industria, agricultura y otros sectores productivos

En la definición de industrialización utilizada en el texto, se encuentra implícita la idea temática de una conciliación entre industria, agricultura y otros sectores productivos. Además, ésta se desprende de la conciliación entre ventajas naturales y dinámicas. Su relevancia, obviamente, exige una explicitación más precisa. La industrialización, la experiencia del propio Chile lo ilustra claramente, no puede entenderse como un desarrollo del sector industrial a costas de otros sectores productivos claves, en particular de la agricultura.

La consecución de una agricultura eficiente es fundamental, en primer lugar, por el conocido argumento de la incidencia de los precios de los bienes salariales en la competitividad internacional de las producciones manufactureras. La decreciente importancia del nivel de salarios en dicha competitividad amortigua este argumento, pero definitivamente no lo elimina.

En segundo lugar, es también reconocida la importancia que la modernización de la agricultura tiene para las producciones industriales por el mercado que involucra para la producción de bienes intermedios y de capital.

Adicionalmente, si la autosustentación nacional es objetivo trascendente de la estrategia global de desarrollo, el incremento en el nivel de autosuficiencia alimentaria es una meta que no puede ser transada en ninguna circunstancia.

d) La conciliación entre el mercado interno y el mercado externo.

En lenguaje de planificación estratégica, el punto anterior puede entenderse como la necesidad de dar cuenta cabal de las potencialidades nacionales, tanto de aquellas reveladas como de las latentes. En el mismo lenguaje, la ruptura con la falsa disyuntiva “desarrollo hacia adentro” vs. “desarrollo hacia afuera”, debe entenderse como la necesidad de diagnosticar adecuadamente las oportunidades (de mercado) internas y externas. Sin negar que existe aquí un punto de tensión, que debe ser resuelto teniendo en cuenta el objetivo de alcanzar crecientes grados de autosustentación, la experiencia de diversos países muestra que esta conciliación es posible y deseable. El mercado externo permite alcanzar escalas de producción y presiona hacia la innovación tecnológica e incremento en la calidad de los productos, de lo cual se benefician los consumidores internos (bajo ciertas condiciones que deben ser buscadas, por ej. eliminando las prácticas discriminatorias). El mercado interno permite dar los primeros pasos a las industrias “nacientes”, y constituye un saludable ele-

mento amortiguador para los ciclos de los mercados externos. Sobra decir que este efecto sólo es válido cuando el carácter de industria naciente efectivamente se pierde luego de un inicial período de protección.

Un tema de vital importancia en relación con el mercado externo, relevante para la industrialización chilena, reforzada por algunos avances notables en el último tiempo, es el relativo a la integración y los mercados regionales. Escapa al alcance de este trabajo, por carácter de agenda que tenga, siquiera un listado de los tópicos involucrados en este ámbito del problema. Una tesis del autor sí debe ser explicitada: la estructura productiva y las relaciones comerciales actuales de Chile, por una parte, y la situación geográfica y geopolítica por otra, no debieran alentar expectativas desmedidas en los beneficios esperables para Chile de la integración regional. Todos los esfuerzos deben ser realizados para avanzar en esta línea, pero al mismo tiempo que se garantiza en el corto plazo una inserción comercial eficiente a nivel de la economía mundial. Además, al menos en aquellos rubros en que se intentará ganar la punta tecnológica, esta inserción deberá ser prioritaria en algún horizonte de tiempo.

e) La consideración del contexto y las tendencias de la economía internacional

Una opción industrializadora que intente lograr una eficiente y controlada inserción en la economía internacional, al mismo tiempo garantizando niveles mínimos de autosustentación y estabilidad, enfrenta como uno de sus mayores desafíos el seleccionar aquellos espacios comerciales y tecnológicos donde se concentrará el esfuerzo nacional (aquella parte que se destinará a este objetivo). A partir del argumento de la impredecibilidad de la economía mundial, no puede ni debe deducirse que es fútil o vano hacer predicciones. La deducción correcta es a la inversa: es necesario asumir esta tarea en forma seria y permanente. Una de las paradojas crueles es que, como resultado del exilio político y económico de centenares de miles de chilenos, el Chile democrático contará con una mucho mayor capacidad que en el pasado para asumir esta tarea.

Ahora bien, por capacitada y seriamente que ello se haga, es necesario entender que los errores serán inevitables. Dos implicaciones se derivan de esta constatación: primero, la inconveniencia de llevar la selectividad a extremos y lo deseable en cambio de tener un portafolio de opciones ganadoras ("winners"); segundo, la importancia de conciliar adecuadamente la mantención de las opciones por períodos razonablemente largos de tiempo con la voluntad y capacidad política de abandonar aquellas opciones que muestran insuficientes grados de éxito. Sobra decir (o tal vez no sobra) que el abandono oportuno de aquéllas que son claramente un fracaso es un requerimiento básico para hacer del conjunto de la estrategia un proyecto viable.

f) La conciliación entre tamaños de empresas, niveles tecnológicos y formas organizativas de las unidades productivas

Esta conciliación, que fuera planteada anteriormente, es tal vez uno de los desafíos más complejos y a la vez más determinante del éxito de la industrialización en cuanto proceso integral de acumulación, socialización del producto y democratización económica y política.

El abordaje de este desafío traspasa el ámbito de las estrategias y las políticas y está centralmente vinculado a la pregunta del ¿Cómo? que se asume en el capítulo siguiente.

g) La maximización de los eslabonamientos y la integración y generación de determinaciones externas positivas.

Argumento éste de larga data concita un alto grado de consenso entre distintos especialistas, a nivel de postulado general. La operacionalización de él en términos de opciones específicas de especialización, presenta sin embargo serios obstáculos. Lo que es claro es que el proceso de selección no debe entenderse, ni a nivel de sectores como un todo, ni a nivel de productos específicos, con base en las potencialidades y oportunidades de cada uno de ellos a nivel individual (cualquiera sea el nivel de agregación). La selección de los “ganadores” debe asignar especial importancia a las interrelaciones que los productos incluidos presentan entre sí, tanto en términos de retroalimentación mutua, suposición de efectos de demanda (y en menor medida de oferta) sobre otros sectores y productos, aprovechamiento e inducción de la generación de servicios de uso compartido, difusión de conocimientos tecnológicos, etc.

Esta búsqueda de conjuntos, interrelaciones de productos y/o sectores en los cuales se materialice una suerte de círculo virtuoso, está en la base de las proposiciones relativas al “nucleo endógeno de desarrollo”, los “ejes” integrados de producción” y otras propuestas conceptuales desarrolladas en los últimos años.

4.2. Una propuesta tentativa de “ejes integrados” para la nueva industrialización chilena

Aún cuando los criterios antes señalados suscitarán un alto grado de acuerdo, mucho camino queda por recorrer para estar en condiciones de hacer propuestas específicas de especialización. En primer lugar, es necesario trans-

formar esos criterios en metodologías que permitan una cuantificación y/o ordenamiento cualitativo de ellos y una forma de ponderarlos en el contexto de una función elevada al grado óptimo.

En segundo lugar, es también necesario explicitar los procedimientos institucionales y de concurrencia de factores entre los cuales debería enmarcarse la aplicación de esas metodologías y criterios. Aún cuando este segundo requerimiento es materia del próximo capítulo, para evitar una lectura equivocada de la propuesta que a continuación se realiza, es necesario establecer a estas alturas otro fundamental criterio: el diseño de opciones de especialización productiva no es una materia técnica que pueda ser adecuadamente resuelta por los planificadores, por capacitados, informados y bien intencionados que éstos sean.

En relación con las metodologías para hacer funcionables los criterios, hay un complejo y extenso trabajo por realizar, lo que incluye un no despreciable esfuerzo de recolección de información sobre las realidades objetivas y subjetivas, internas y externas, sobre las que se quiere actuar. Tanto debido a las complejidades metodológicas como de recopilación y procesamiento de la información es necesario, además, ser pragmático en la búsqueda del "óptimo". Muy probablemente, por mucho que se adelante en estas materias, las decisiones deberán tomarse de todas maneras con información incompleta y sobre la marcha.

Como una forma de adelantar en esta línea, invitando a un debate sobre ella, se plantea en los párrafos siguientes una propuesta tentativa de "ejes integrados de producción" para la industrialización chilena en la redemocratización.

Sobre la base de los criterios antes expuestos y un conocimiento de carácter microeconómico-sectorial de la economía chilena, aparecen como ejes productivos interesantes de promover los siguientes:

- minería - industria metalmecánica - industria química (inorgánica);
- agricultura - fruticultura - agroindustria - industria alimentaria - industria metalmecánica - industria química - industria de envases;
- pesca - industria alimentaria - industria metalmecánica - construcción y reparación de barcos - fabricación de equipos de pesca - industria de envases;
- silvicultura - industria de la madera - construcción de viviendas prefabricadas - industria del papel - industria química - industria de envases;

En todos los ejes descritos el elemento decisivo inicial es la existencia de un recurso natural con ventajas comparativas, así como la existencia de necesidades básicas insatisfechas que los distintos sectores -excepción hecha de la minería- pueden contribuir a eliminar. El énfasis del desarrollo, sin embargo, no debiera estar tanto, en el largo plazo, en el crecimiento adicional de la actividad primaria, sino en la mayor elaboración de los productos y en la producción de insumos intermedios y de capital para estos sectores. En el corto plazo es evidentemente necesario expandir la frontera de producción primaria, particularmente en el sector agrícola.

Dada la destitución drástica de los productos metalmecánicos y químicos y la magnitud del estrangulamiento externo, estos dos sectores tienen un fuerte potencial de desarrollo inmediato, asociado a una sustitución selectiva de importaciones, especialmente los rubros de piezas y repuestos y algunos bienes de capital.

Sectores que no parecieran estar llamados a jugar un rol importante en el largo plazo pueden, sin embargo, por el estrangulamiento y las urgencias del corto plazo, mantenerse vigentes en horizontes más reducidos de tiempo. Esto es particularmente válido para ciertas producciones del sector textil que, apoyándose en el bajo nivel de salarios, puede mantener una relativa competitividad internacional sobre la base de tecnologías intensivas en mano de obra.

En el largo plazo, habiendo consolidado una posición en el mercado interno, las nuevas producciones de bienes intermedios y de capital debieran expandirse a los mercados del tercer mundo primero y a los mercados del mundo desarrollado después. En esta fase, la ventaja relativa de Chile a nivel de las calificaciones profesionales de alto nivel, debería permitirle al país entrar con buen pie en el mercado mundial de servicios de ingeniería.

En el plazo largo, y talvez incluso en el mediano, Chile debería poder también incursionar con buenas perspectivas en uno o algunos de los siguientes nichos tecnológicos de punta: microelectrónica, informática, telemática y biotecnología. Cabe tener presente que Chile ha alcanzado un importante nivel de manejo e incorporación en el nivel de las tecnologías blandas en estos sectores. A manera de ejemplo, no obstante la absoluta ausencia de una política informática, la mera apertura total al comercio internacional de bienes y servicios en el período del "boom" ha significado que Chile cuente con un "stock" apreciable de "hardware computacional" y una desproporcionada -dada la miseria en que viven importantes sectores de la población- incorporación de técnicas computacionales, especialmente a nivel de la gestión y de los servicios.

En el caso de la biotecnología la situación es también promisoría: Chile ocupa un sitio de privilegio a nivel mundial en lo que a ciencia básica se refiere y en el extranjero existen algunos centenares de chilenos desempeñándose a nivel de la biotecnología.

Una concentración de esfuerzos tecnológicos de punta en unos pocos productos y procesos, talvez también vinculados a ciertas ventajas comparativas naturales -microprocesadores para la minería, la pesca y la fruticultura, "software" para estos mismos sectores, etc.- podría conducir en períodos no muy largos a que Chile empezara a recorrer la senda de países pequeños que, empezando por producciones primarias, llegaron a conducir el desarrollo tecnológico y las producciones de bienes de capital en unos pocos sectores.

Aún cuando ha sido reiteradamente establecido anteriormente, es necesario precisar que todo lo argumentado se refiere a un conjunto seleccionado de áreas de la producción donde se debiera concentrar la parte del esfuerzo nacional que se asigne a la tarea de inducir una industrialización modernizante del país (asumiendo que este objetivo está incluido en la estrategia global de desarrollo). Lo argumentado no pretende ser aplicable al conjunto de las tareas económicas del país, muchas de las cuales deben guiarse por criterios o combinaciones diferentes de estos.

5.- ¿COMO INDUSTRIALIZAR?: EL ROL DE LOS ACTORES

Asumiendo que los contenidos sectoriales, tecnológicos, espaciales, etc., así como la vinculación de la industrialización con el conjunto de objetivos trascendentes de la estrategia, están adecuadamente establecidos, queda aún un conflictivo tema por resolver. En verdad, al menos en el caso de Chile, el más conflictivo. Este es el tema de las formas específicas que debe tomar el proceso desde el estado inicial hasta el estado final deseado, en particular, el rol que cada uno de los actores está llamado a jugar en este proceso. En el debate en Chile esta es la arena donde más fácilmente las convergencias se entranaban, tendiendo a predominar las concepciones dicotómicas y sobreideologizadas.

Por razones de espacio y porque el autor ha desarrollado este tema en extenso en otro documento [6], sólo se plantean en este capítulo algunas de las aristas de él que constituyen una necesaria extensión de argumentos insinuados anteriormente en el texto.

En el trabajo citado se sugiere la conveniencia de situar la pregunta relativa al ¿Cómo? en dos diferentes disyuntivas, que aún cuando están interrelacionadas, presentan importantes diferencias que deben ser establecidas. Estas dos disyuntivas son: Planificación vs. Mercado y Estado vs. Empresa Privada.

5.1. Planificación vs. Mercado en el ámbito de la industrialización

Como es evidente, a estas alturas del trabajo, la resolución asumida para esta controversia se inclina definitivamente por la planificación. Y la experiencia de la gran mayoría de los países dan fuerza a esta opción: no hay desarrollo industrial ni desarrollo económico en general como resultado de la acción de la "mano invisible" del mercado, sino que ello requiere de la "mano visible" de la planificación. Obviamente, ello no significa desconocer el fundamental rol del mercado en una serie de otras funciones, especialmente en el ámbito del corto plazo. Dicho en otros términos, esta es una disyuntiva verdadera si

lo que está en cuestión es la capacidad de inducir una dinámica de industrialización eficiente, equitativa y autosostenida. Si es una falsa disyuntiva, se la asume como una cuestión que hay que resolver dicotómicamente al nivel del conjunto de las funciones económicas.

Múltiples y conocidas son las razones que determinan la necesidad de entender la industrialización como un proceso de diseño de futuro y no como un espontáneo evolucionar de la economía. Ellas son además perfectamente deducibles de la propia teoría neoclásica, si se contrasta debidamente en sus supuestos con la realidad. A esas razones es necesario agregar por lo menos dos en lo que respecta a la nueva industrialización chilena: primero, la creciente, impredecibilidad señalada del contexto internacional; segundo, el carácter fundacional que en algún sentido tendrá la redemocratización chilena, dado el nivel de desarticulación económica y también social. Es sabido que en esas condiciones los niveles de concertación explícita de los actores involucrados es necesariamente mayor que en situaciones de régimen. En estricto rigor, en esas condiciones no sólo es necesario planificar participativamente sino, en relación a áreas específicas, dar paso a una programación conjunta. La lectura adecuada de las experiencias del Sudeste Asiático demuestran, además, que ello puede derivar en una opción válida y de gran efectividad también en situaciones de régimen.

Ahora bien, múltiples son también los requerimientos que la planificación debe cumplir para que ésta efectivamente alcance sus objetivos. Justo y necesario es admitir que el predicamento neoliberal ha tenido como una de sus bases argumentales empíricas la constatación del pobre desempeño de la planificación en América Latina en los cincuentas y en los sesentas. Demos una breve ojeada a algunos de los principales requerimientos antes mencionados:

a) Que sea participativa

Es este un requisito impuesto en primer lugar por la necesidad de consistencia con los postulados trascendentes de un régimen auténticamente democrático. Pero es además un requisito "técnico", en el sentido de que sólo una activa participación de los agentes involucrados en un determinado ámbito de acción puede garantizar la debida incorporación de todos los antecedentes requeridos sobre las realidades objetivas y subjetivas sobre las que se actúa. Y es también un requisito para hacer de la estrategia y los planes algo percibido como propio por los actores, cuestión que ha demostrado ser clave en el proceso de movilizar los recursos creativos y activos del país en las direcciones deseadas.

Finalmente, la participación es también crucial, como fuera antes señalado con insistencia, para evitar el síndrome de la industrialización sin desarrollo, en que vastos sectores de la población quedan excluidos de los beneficios de ésta.

b) Que sea realista

Uno de los grandes errores que se cometen en los procesos de planificación, en diferentes tipos de organización social, es no prestar la debida importancia a los hechos de la realidad sobre la cual intenta actuar dicha planificación. Si bien es cierto la planificación apunta precisamente a modificar la realidad, no puede negar esa realidad. Desconocer, por ejemplo, las resistencias al cambio diferenciadas de distintos ámbitos de la realidad, puede conducir a planes voluntaristas, condenados al fracaso desde sus inicios. Esto es particularmente relevante en lo que a percepciones, motivaciones y conductas de los actores se refiere.

c) Que sea selectiva

La planificación industrial que en este documento se sustenta debe entenderse como relativa a un conjunto reducido de área y funciones, sin perjuicio de los ámbitos generales de planificación que son propios de la estrategia global de desarrollo. El esquema propuesto definitivamente se aleja de las opciones de planificación centralizadas y que intentan controlar simultáneamente el conjunto de parámetros de la economía. Es particularmente importante diferenciar a este respecto las funciones de una planificación propiamente tal de aquellas **relativas a la puesta en marcha de los planes y a la gestión de las unidades productivas.**

d) Que sea adaptativa

Requerimientos enraizado en el carácter mutable del contexto internacional y la necesidad de introducir permanentes correcciones a los planes, tiene como **corolario la necesidad de establecer mecanismos de seguimiento de éstos, lo que a su vez llama a reforzar el carácter participativo de ella.**

5.2. Estado vs. Empresa Privada

Es este el eje realmente conflictivo de la polémica relativa al ¿cómo?, lo cual está muy determinado por la inevitable incidencia en ella de los elementos ideológico-políticos.

Existe un importante grado de acuerdo en señalar que uno de los factores explicativos estructurales del subdesarrollo chileno ha sido la debilidad de los actores empresariales para inducir un proceso dinámico y autosostenido de acumulación de capitales y crecimiento económico (y de levantar un proyecto nacional de desarrollo). Es también claro que los eventos económicos y políticos de los últimos 15 años han significado imprimirle a los sectores empresariales un numeroso conjunto de "traumas" que incrementan su debilidad estructural.

Aún cuando no podemos generalizar esto y hay interesantes casos contrarios, pareciera claro que confiarle a los empresarios "actualmente existentes" en el país la tarea de ser los motores de la nueva industrialización, significaría correr un serio riesgo. Por lo inicialmente planteado, no sólo en términos económicos sino también en términos de la consolidación de la emergente democracia. Incluso si la estrategia y los planes reunieran todos los requisitos antes planteados, confiar la implementación de estos planes a la respuesta de estos sectores a indicadores de rentabilidad no parece viable. En otras palabras, la planificación que requiere la nueva industrialización no puede ser meramente "indicativa", sino debe incluir una preocupación explícita por la implementación de las inversiones requeridas. De ello se desprende sin ambigüedad la necesidad de una importante participación del Estado en esta tarea. Sobre decir que no cualquier Estado puede asumir en forma eficaz esa función, lo que da paso a otro tema de fundamental importancia que no puede acá ser ni mínimamente asumido.

Así planteadas las cosas, una opción inicial por el Estado aparece como un imperativo de la realidad y no como fruto de una opción ideológica, que en el caso de importantes sectores de opinión viene a reforzar dicha preferencia.

No es ése el caso del autor, quién deduce como correlato fundamental de esta inicial opción la crucial importancia de inducir una dinámica que permita, en el largo plazo, una ampliación y creciente descentralización de la "función empresarial", disminuyendo por esa vía la centralidad del Estado en la nueva industrialización y en la nueva economía.

Es éste un tema en verdad crucial, si de lo que se trata no es sólo de ampliar la base productiva del país sino de efectivamente lograr mayores niveles de socialización del producto y de democratización política y económica. Desde el punto de vista de los sectores "progresistas", éste es un tema sumamente resbaladizo y hay que someterlo a revisiones profundas.

EPILOGO

La última temática planteada nos permite recuperar, al término de este ensayo, la línea de preocupaciones existenciales esbozadas en el preámbulo.

No escapa a nadie sensato que la situación chilena es grave y que nada garantiza que como nación no sigamos recorriendo el camino al despeñadero. Es también claro a estas alturas que la dictadura no es un invento de la CIA y de la reacción chilena, sino, al menos en sus raíces profundas, tiene carácter de "creación colectiva". La ideologización exacerbada y el mesianismo deben ser revisados. Los proyectos totalizantes y dicotómicos requieren ser abandonados. No puede ello sin embargo ser entendido como un mero acto de voluntad. Un proceso de profunda revisión de nuestras concepciones sobre la economía, la sociedad y el hombre, constituye un paso insustituible para que la redemocratización de Chile se asiente sobre bases sólidas y no sobre una artificial y débil conciliación forzada por los hechos.

Este requerimiento no puede ser entendido como materia de los expertos, los ideólogos, sociólogos, filósofos, politólogos, etc. sino debe ser asumido en todos los niveles y en relación con cada uno de los ámbitos de debate y elaboración para un nuevo Chile. En el caso de la industrialización, temas tales como la revisión de lo empresarial y lo descentralizado, por parte de algunos, y de la planificación y de la función estatal, por parte de otros, ofrecen campos fecundos para ese necesario proceso.

NOTAS

- (1) Las cifras utilizadas en el texto combinan las cifras oficiales con aquéllas revisadas por MELLER, P.; LIVACICH, E. y ARRAU, P. en *Una revisión del milagro económico chileno* (Colección Estudios CIEPLAN, N° 15, diciembre de 1984).
- (2) Análisis de mayor profundidad del proceso de desindustrialización chilena pueden encontrarse en MUÑOZ, O. *Chile y su industrialización: pasado, crisis y opciones* (CIEPLAN, 1966), MUÑOZ, O. *Hacia la reindustrialización nacional* (en CIEPLAN), *Reconstrucción económica para la democracia*, 1983) y VIGNOLO, C. y otros *La industria en Chile: cuatro visiones sectoriales* (CED, 1986).
- (3) Una excelente presentación sintética de este punto por parte de F. FAJNZYLBER se encuentra en: "Reflexiones sobre industrialización de América Latina". (*Notas sobre la economía y el desarrollo*, CEPAL, N° 419, junio de 1985).
- (4) Ver al respecto VIGNOLO, C. *El crecimiento exportador y sus perspectivas bajo el modelo neoliberal chileno*. (Documento de Trabajo CED, N° 2).
- (5) Para ver un tratado sobre este y otros temas ver FAJNZYLBER, F. *La industrialización trunca de América Latina* (CET, México, 1983). 1983).
- (6) VIGNOLO C. *El Estado y los empresarios como actores de la reindustrialización chilena: notas para una aproximación anticapitalista y pro-empresarial* (Materiales de Discusión, CED N° 113, noviembre 1985).